

Así lo podemos ver en su novela *La ruta de las luciérnagas* (2000), un relato con un altísimo contenido autobiográfico, escrito por un hombre que, desde la atalaya de sus casi setenta años, rememora algunos de los momentos más significativos de su dilatada y ajetreada vida, sin apartar la vista, aunque sólo sea de soslayo, de la situación social actual, a la que no puede ser ajeno.

En esos momentos, Rodrigo, como sus personajes, es un hombre sumido en la apatía, el escepticismo, el silencio y la incomunicación, que ya no espera nada y que se pasa horas y horas encerrado en su despacho, tomando algún que otro güisqui, fumando un puro y leyendo libros, algunos de los cuales no le gustan nada, y, de vez en cuando, sacando fuerzas de flaqueza para seguir golpeando las teclas de su máquina de escribir, casi siempre luchando contra los dolores de su quebrantado cuerpo y contra el reloj, que sabe que corre en su contra. Y es, también entonces, cuando le viene a la mente la idea de donar los libros, las colecciones de revistas, las carpetas llenas de recortes de prensa y los manuscritos. Y su deseo sería donarlo a alguna institución, preferentemente de su tierra, que procurara sacar el mejor provecho posible de todo aquello que, para él, es un pequeño tesoro. Un deseo hecho realidad gracias a la donación de todos esos materiales al I.E.A., institución de la que había sido nombrado académico correspondiente en diciembre de 1978.

Y, una vez más, Rodrigo Rubio se mete en la piel de otro de sus personajes, el viejo y medio inútil Paulino Marqués, quien se pasa la mayor parte del tiempo postrado en la cama, a expensas de los designios que sobre su vida presente y futura establezcan su mujer y sus hijos, y cuyo único refugio es la huida, mediante el recuerdo, hacia un mundo perdido que quiere mantener vivo en su interior.

Porque, como reza en la cita de Kierkegaard que encabeza *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués* (2001), “vivir en el recuerdo es el más perfecto modo de vida que se pueda imaginar”. Y en la segunda, de Valentín Carcelén Ballesteros, que es un complemento a ésta, leemos: “Pero yo, además, sé soñar. Contar historias que hago más cuando las cuento¹³”.

De este modo, además, se resuelven las pequeñas incógnitas con las que se cerraba *La ruta de las luciérnagas*. Al protagonista de cualesquiera de las dos novelas, el Dios viejísimo parece decirle que no escapará de su destino: ser ingresado, si no en el temido asilo con el que soñó Enrique Gómez, sí en una moderna residencia en la costa, tal como desean los hijos

¹³Rubio, R., *Las enfermizas obsesiones de Paulino Marqués*, Alicante, Agua Clara, 2001, p. 9.